

¿Qué vamos a hacer?

por

el Conde de Superunda

En la conferencia que pronunció el año pasado en su casa de Motrico, expuso José María de Areilza, con gran acierto y elocuencia, su criterio en cuanto a la orientación que debe dar a sus nuevas actividades, la Real Sociedad de Amigos del País.

Recordó las circunstancias que concurrían en el momento en que el Conde de Peñaflores concibió, y realizó, su idea.

España necesitaba recibir entonces un impulso científico que le permitiera seguir la marcha de la humanidad en el camino del progreso.

La aplicación de la ciencia al mejor desenvolvimiento de la industria, de la agricultura, del comercio, ponía a las naciones más adelantadas en ventajosas condiciones de lucha.

Su amor a España, y el concepto de la responsabilidad, que inquietaban al Conde y a sus amigos, les sugirió la idea de dedicar sus más nobles actividades a la difusión de la cultura y, más concretamente, a divulgar las aplicaciones que de la ciencia se hacían, en el mundo civilizado a todas las manifestaciones de la vida de los pueblos que son reflejo y síntesis de su prosperidad.

No se ponderará nunca suficientemente este concepto del deber que, como españoles, se formaron aquellos excelentes patriotas, que pudieran, dada su posición, haberse dedicado cómodamente a cultivar sus refinadas aficiones en beneficio exclusivo de su propia felicidad.

El mejor homenaje que puede hacerse a la memoria de nuestros antepasados Amigos, es imitarles, reanudando la interrumpida labor que ellos iniciaron. Pero sería absurdo que la imitación fuera servil, que tratásemos de aplicar ahora, en pleno siglo XX, las cláusulas todas de su magnífico y acertadísimo programa de trabajo.

Desde su tiempo al nuestro han pasado muchas cosas... tal vez demasiadas cosas... La relación que pudiera establecerse entre la atención que las gentes cultas dedicaban al estudio de la ciencia aplicada a la vida material, y la consagrada a las artes y ciencias puramente especulativas, resultaría en la actualidad totalmente invertida en sus términos. Hemos pasado de un extremo a otro.

La vida que hemos dado en llamar vicilizada—con un tonillo depreciativo para cualquier otra época pasada—nos absorbe de tal modo que no queda lugar al cultivo de cuanto Dios ha puesto a nuestro alcance para embellecer nuestra existencia.

Pero... ¿será verdad que ahora vivimos mejor?

Desde luego hay que reconocer que disponemos de mejor luz... (y cada vez se ven más gafas); que nuestros hogares son más higiénicos y confortables... (¿hay menos pulmonías?); que nos trasladamos con una rapidez centuplicada, que nos enteramos muy pronto de todo lo que en el mundo ocurre... Pero, ¿nos hace tal velocidad más felices?

Conteste quien se atreva a estas preguntas. No es mi propósito plantear aquí problema tan complejo y tan propicio a discusión. Por mi parte confieso que envidio a los que vivieron en tiempos menos veloces, pero mucho más amables.

Lo que quiero decir, coincidiendo en absoluto con el amigo Areilza, es que actualmente no se presta toda la atención que merecen, a la vida del espíritu y al estudio de lo pretérito.

Nuestros antepasados... que no tenían agua caliente a todas horas, viajaban en carrozas, o en diligencias, y desconocían las sulfamidas y los bombardeos en picado... nos han dejado muestras (aún no totalmente destruidas por la "civilización") de su arte y de su ciencia. Lejos de burlarnos de su ignorancia y su falta de medios, tenemos que admirar lo que hicieron y muchas veces, quizás no tantas como debiéramos, nos convencemos de que nuestra generación tiene mucho que aprender de ellos.

Y como por otra parte el Estado desempeña ahora aquellas funciones educativas que los Amigos del País echaron sobre sus hombros, tomándose un trabajo que la complejidad de la vida moderna haría completamente estéril, parece evidente que las actividades de la Real

Sociedad Vascongada deben orientarse en la actualidad en un sentido diametralmente opuesto, aunque siempre guiadas por el mismo ideal: la difusión de la cultura en el mejor servicio de Dios y de España.

Mucho puede, y debe, hacerse en este sentido y, a juzgar por las primeras manifestaciones de su despertar, los Amigos del País están llamados a contribuir eficazmente en esa labor tan agradable como conveniente.

Elementos muy valiosos hay entre ellos excepcionalmente preparados para guiarnos en ese camino, para procurarnos de vez en cuando un alto en la diaria y odiosa batalla que libramos "contra el reloj"... La frase usual dice CONTRA, y dice bien. Porque el reloj es nuestro enemigo más cruel, el que con implacable ferocidad nos azota en todo momento para acelerar el ritmo de nuestra vida con el fin de que trabajemos más y más, razón casi única de nuestra super-civilizada existencia. Antes el trabajo era un mal necesario para disfrutar de un vivir tranquilo; ahora el vivir de prisa es un mal necesario para poder trabajar más.

Las reuniones de los Amigos del País constituyen esos remansos deliciosos en los que se encuentran hombres de idénticas aficiones que, en esos días, olvidan sus habituales y prosaicas preocupaciones, paran el odioso reloj, con el fin de vivir unas horas mirando hacia atrás y hacia arriba, dejando en plena libertad al corazón para sentir a sus anchas, y al espíritu para soñar a su antojo.

Con esta labor que nos proporciona a la vez descanso e ilustración, paz y cultura, amistades cordiales y desinteresadas, sana e inofensiva alegría de vivir, debemos fomentar la afición a las cosas antiguas en cuanto tienen de bellas y educativas, con la tendencia a suavizar las asperezas de la realidad, a buscar un equilibrio entre las necesidades antipáticamente acuciantes del luchar cotidiano y los encantos de la vida apacible del espíritu en todas sus modalidades.

Para terminar quiero reproducir aquí unas líneas que, a mi juicio, expresan perfectamente lo que yo no acierto a convertir en palabras, pensando en lo que deben hacer los Amigos del País.

Pertencen a los últimos párrafos de un libro titulado: "Bilbao a mediados del siglo XX". El autor comenta y ensalza una nueva luz

espiritual que cree vislumbrar en la juventud generosa, “un afán de coordinar nuestro prestigio mercantil con otro más alto”, y termina diciendo:

“Una modalidad nueva que sepa hacer el progreso en la tradición y que defienda el *carácter* como algo que debe prevalecer sobre todo, puede solamente consolarnos de la irremediable voracidad del tiempo.

“Hagamos bella y amable la ciudad nueva, pero que nos dejen la otra, la genésica, para pasear sus calles como pasea el viajero las calles de Pompeya.

“Que nos dejen, de tarde en tarde, cuando necesitemos refrigerarnos en la poesía de las cosas viejas, evocar sus hombres muertos, sus cosas muertas, toda su alma tan próxima y tan distante de la nuestra.”

